


El auge de la literatura de superación personal

Hagan el favor de devolverme el queso

El papel que desempeñan hoy los profesionales de la autoayuda ha estado siempre reservado a la religión

FRANCESC
Escribano



S acerca Sant Jordi y, tal como hace unos días avanzaba EL PERIÓDICO, parece que este año las editoriales nos inundarán con libros de autoayuda, de *coaching* y de superación personal. Vivimos tiempos de crisis, y las angustias, los nervios y los miedos anidan en el corazón y el alma de los catalanes. Necesitamos a alguien, algo o alguna lectura que nos ofrezca un rato de calma, una pausa para la reflexión y, cómo no, un motivo para la esperanza.

Me parece que el último libro de este género que he leído es el único libro de este género que he leído, dando por supuesto que todos los libros, de un modo u otro, ayudan siempre. El libro en cuestión era aquel del queso. *¿Quién se ha llevado mi queso?*, se llamaba. Hablaba de unos ratoncitos que iban de culo persiguiendo un queso que cambiaba constantemente de ubicación. El libro, que se tenía que interpretar casi como una parábola bíblica, se convertía en una metáfora de los cambios y de las dificultades que tenemos para adaptarnos a ellos. Fue todo un éxito de ventas y, curiosamente, en algunos ámbitos empresariales se convirtió en lectura obligatoria. El libro, para los que son tozudos ante las metáforas demasiado evidentes, no era más que un compendio de obviedades, dichas, eso sí, con el don de la oportunidad y con mucho sentido común.

VIVIMOS UNA época en la que todo va demasiado deprisa y, a menudo, pensar es un lujo inabarcable. A veces necesitamos a alguien que piense por nosotros, que nos oriente y nos marque una disciplina

que somos incapaces de autoimponernos. Pensando en el queso y en muchas de estas obras –seguro que no todas son iguales– me viene a la cabeza una secuencia genial de una de las películas con más carga filosófica de los últimos tiempos: *Pulp fiction*, de **Quentin Tarantino**. Vincent y Jules, los dos protagonistas, van en coche y, sin querer, se les dispara la pistola y se cargan a un tipo que iba en el asiento de atrás. No saben qué hacer. Llevan un cadáver encima, tienen el coche embadurnado con la sangre y el cerebro del difunto y están nerviosos y desorientados. En ese momento, alguien les da el teléfono del señor Lobo. Es un nombre mítico, un hombre con poderes extraordinarios, alguien a quien solo hay que llamar en situaciones límite, porque es capaz de solucionar cualquier problema. Lógicamente, le llaman. Su respuesta está a la altura de las circunstancias: «Estoy a 30 minutos de donde estáis. Llegaré en 10 minutos». Todo el mundo espera que el señor Lobo, interpretado de forma impecable por **Harvey Keitel**, haga algo extraordinario, casi mágico, para resolver la complicación. Entonces, él, con reposada autoridad, coge a los dos bobos por banda y les hace una sesión de *coaching* perfecta. Les dice lo que es evidente para todo el mundo menos para ellos: que se cambien de ropa, que limpien el coche y que se deshagan del cuerpo. Lo



LEONARD BEARD

A veces necesitamos a alguien que piense por nosotros, que nos marque una disciplina que somos incapaces de autoimponernos

hacen, con penas y fatigas, mientras él les observa limpiándose las uñas. Lo mejor de la película es ver, cuando todo ha acabado y el señor Lobo se marcha triunfante al volante de su descapotable, el rostro de admiración y respeto de los dos protagonistas, que contrasta con la sonrisa de los espectadores.

Si la magia es fruto de la desesperación, en estos momentos la proliferación de gurús del *coaching* y de la superación personal es consecuencia de una necesidad de orden y orientación en nuestra vida cotidiana, y también de una cierta voluntad de orientación espiritual que no encontramos en los canales tradicionales. El papel que desempeñan los profesionales de la autoayuda ha sido patrimonio reservado, toda la vida, a la religión y sus representantes legales. Si miramos qué hacían nues-

tros antepasados para canalizar su energía espiritual los encontramos llamando a la puerta de la Iglesia católica para afrontar la desgracia, para confesar los pecados, para superar el dolor y para encontrar la salvación en esta vida o en la vida futura.

NUESTRA realidad actual es muy diferente. La sociedad catalana moderna se caracteriza por una mayor pluralidad religiosa, consecuencia del cambio demográfico. El impacto de la multiculturalidad y de la modernidad ha ido llevando a muchas personas que se definían como católicas, por convicción o por tradición, a distanciarse progresivamente de la Iglesia, por desencanto o por desacuerdo. También es cierto que últimamente la jerarquía eclesial, con campañas como la del lince y la tozuda condena del uso del preservativo, parece esforzarse en marcar una línea controvertida. Mientras ganan adhesiones y simpatías entre algunos colectivos, un sector amplísimo de la población se siente cada vez más lejos de una Iglesia con la que antes estaba vinculada por razones religiosas y culturales.

No sintonizar con la Iglesia no quiere decir dejar de tener necesidades espirituales, y eso, según el libro de los ratoncitos, implica que el queso se mueve. Nuevos tiempos, nuevas creencias. Ha aparecido una nueva casta de sacerdotes, más próximos al señor Lobo que a los pastores de ovejas, representantes de una nueva religión a seguir. Lástima que todo se fundamente en un valor tan moderno como el individualismo y que, tan centrados en nosotros mismos y en nuestro propio bienestar, nos olvidemos de la dimensión social y de la preocupación por los demás, que suele ser el mejor camino para encontrar la paz, interior y exterior, que tanto se busca. ■

Periodista.